

DIOS NO ES DE MUERTOS, SINO DE VIVOS - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Lc 20,27-38

En aquel tiempo, se acercaron entonces algunos de los saduceos, los cuales niegan que haya resurrección, y le preguntaron, diciendo: -- Maestro, Moisés nos escribió: "Si el hermano de alguno muere teniendo mujer y no deja hijos, que su hermano se case con ella y levante descendencia a su hermano".

Hubo, pues, siete hermanos: el primero tomó esposa y murió sin hijos. Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. Finalmente murió también la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer? ³⁴ Entonces respondiendo Jesús, les dijo: --

Los hijos de este siglo se casan y se dan en casamiento, pero los que son tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento, porque ya no pueden morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios al ser hijos de la resurrección. Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.

Cada vez que los adversarios de Jesús, sus opositores, entran en escena en el Evangelio, estos no pierden la ocasión de quedar en un mal lugar.

Dice el evangelista Lucas que se le acercaron a Jesús los saduceos, esos que no creen en la resurrección. Los saduceos eran el grupo, uno de los grupos, mas influyentes en la sociedad del tiempo. Formaban parte de la aristocracia, que tenía el dinero, que vivía de una manera acomodada. Eran gente de un alto nivel de vida. Y de entre los saduceos, de este grupo de gente, venía también elegido el Sumo Sacerdote. Eran, por lo tanto, familias sacerdotales, familias que dominaban la sociedad del tiempo por los cargos que ocupaban desde el punto de vista religioso y por el dinero que poseían para poder permitirse cualquier tipo de lujo o de exigencia que tuvieran. Los saduceos, como todos los ricos, eran gentes muy

conservadoras y sobre todo, tratándose de la Ley de Moisés reconocían como libros inspirados solamente los primeros cinco libros de la Biblia, lo que se llama el Pentateuco o la Tora`h de Moisés. Es decir, los libros donde estaba recogida toda la Ley que Moisés había dado al pueblo, todos los mandamientos, las normas, los preceptos que tenían que regir la vida de los israelitas, de los miembros del pueblo de Israel.

Estos saduceos, entonces, no creen en la resurrección porque ellos mismos decían que de esto no se hablaba en la Ley de Moisés. Y se acercan a Jesús con un motivo solo: intentan desprestigiarlo, es decir que Jesús, pues que empiece a arruinar su imagen, que la gente pues pierda ese entusiasmo que sienten hacia el. Intentan, sobre todo eso, desacreditarlo. Pues que no tenga todo ese atractivo, toda esa atención que suscita entre las personas. Y le ponen una cuestión, a través de una historia, una historia que es algo así como un chiste, un chiste macabro, inspirado en aquella leyenda de Tobias y Sara en la que una mujer tiene siete maridos y mueren todos y, al final, muere la mujer misma y le preguntan a Jesús: "Pues en la vida del mas allá, cuando estén todos resucitados ¿de quien va a ser mujer esta señora? Puesto que los siete hermanos la han tenido como esposa".

Es decir, los saduceos están aludiendo a una ley de Moisés que era la ley del levirato, una ley impuesta en la tradición religiosa de aquel tiempo que decía que, si una viuda, una señora, una mujer quedaba viuda y sin hijos, pues el hermano del difunto tenía la obligación de casarse con ella para que diera descendencia a ese nombre, al nombre del hermano. Es decir, para que no se perdiera el linaje del hermano del difunto. Era una ley sobre todo que intentaba custodiar o, digamos, defender el patrimonio familiar. Porque es obvio que, si esa mujer, la viuda, se casaba con otro hombre que perteneciera a otro clan, pues la riqueza, el patrimonio, los bienes de ese difunto hubieran ido a parar a los hijos que venían de otro hombre que pertenecían a otro clan familiar.

Es decir, era una ley que, por un lado intentaba perpetuar el nombre de una persona, en este caso del varón, como era típico en aquella cultura, y al mismo tiempo defender el patrimonio del clan familiar. Claro, si siete hermanos se han casado con esta mujer, porque uno moría detrás del otro y, al final la misma mujer muere, la pregunta que le ponen a Jesús, en plan de chiste, de una manera chistosa, era: esta señora ¿de quien va a ser mujer en la otra vida?

Para los saduceos, la única manera que tienen de hablar a Jesús es refiriéndose a la muerte. Y refiriéndose a la vida de las personas, en este caso de las mujeres, como si fueran objetos. Esto demuestra cual era la mentalidad del tiempo acerca de las hembras, de las mujeres. Eran consideradas como objetos sexuales para poder satisfacer las necesidades del marido, del varón que tenía sobre todo el derecho de perpetuar su nombre. Es decir, la mujer servía para dar hijos al marido, y nada mas que para eso.

Claro, la pregunta que le ponen a Jesús intenta desacreditarlo: porque si tu hablas de resurrección, que hay una vida mas allá de la muerte, ¿como se resuelve este problema?, puesto que siete han tenido a esta mujer como si fuera, a esta señora, como si fuera su mujer.

La respuesta de Jesús no se deja esperar y el pone, en primer lugar, que a los ojos de Dios no hay ningún tipo de sumisión o dependencia de un ser humano en relación a otro. Jesús no acepta que la

mujer sea considerada como un objeto que pueda pasar de mano de uno a otro. Jesús reconoce que tanto el hombre como la mujer son hijos de este mundo, como dice el Evangelio, por lo cual, con los mismos derechos y la misma dignidad. Y ninguno puede usar a otra persona humana para su interés personal.

Esto es lo primero que Jesús quiere decir: a los ojos de Dios no hay ningún tipo de dependencia; no se puede justificar ningún tipo de abuso de una persona en relación a otra, sea por cuestiones de sexo, sea por cuestiones de dinero, sea por cuestiones étnicas o religiosas. Y luego Jesús intenta explicarles que la resurrección no concierne a la vida de este mundo, en el sentido de que la resurrección no es la reanimación de un cadáver; que no se vuelven a hacer las mismas cosas que se hacían en la tierra, sino que la resurrección es entrar en una dimensión nueva de vida en la que la persona ya experimenta su misma eternidad. Por lo cual no tiene necesidad de ninguna perpetuidad dejar descendencia; no hay ningún motivo para hablar de reproducción desde el punto de vista sexual, sino que hombres y mujeres, como ángeles, viven ya una vida, una realidad de vida que es eterna, que es indestructible.

Y, por otro lado, Jesús quiere abrirles los ojos a estos saduceos haciéndoles ver su ignorancia porque en la Ley de Moisés ya se hablaba de esto. En la Ley de Moisés Jesús alude al episodio de la zarza ardiente, cuando Dios se manifestó a Moisés. Y Dios se manifestó diciéndole que "El era el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de los vivos". Es decir, esta expresión, "ser el Dios de alguno", de alguien en particular, indicaba en el lenguaje semítico el Dios que protege a esa persona. Por lo cual, si Dios es el protector de Abraham, de Isaac y de Jacob, quiere decir que esta protección no se pierde, incluso cuando estas personas hayan muerto desde el punto de vista físico. Por lo cual, todas las promesas, las bendiciones que Dios ha dirigido a su pueblo, empezando por estos patriarcas (Abraham, Isaac y Jacob), estas promesas no se han perdido. Si esas personas hubieran muerto realmente pues la promesa se hubiese deshecho, digamos, perdido. El hecho de que estas promesas siguen vivas quiere decir que estas personas lo son igualmente, que estas personas siguen en una relación con un Dios que es Dios de vivos y no Dios de muertos.

Esto no podían entenderlo los saduceos porque para ellos, el único Dios que reconocían era el Dios de los muertos. Es decir el Dios que está relacionado con el dinero, con el poder, con el abuso del más fuerte hacia el más débil. De hecho, el mismo modo de presentar a la mujer, como si fuera una muerta en vida, una mujer que no tiene ninguna dignidad, que depende del derecho del marido, del cuñado o de otro pariente de la familia del difunto para hacer de ella lo que quieran, eso ya lo demuestra.

Jesús habla, en cambio, de un Dios de los vivos, de un Dios que da la vida y que protege la vida de cada una de las personas que confían en él y que se abren a esa capacidad única que Dios tiene de comunicar su misma vida.

Entonces, la situación de los saduceos, como pasa con los otros adversarios de Jesús, es la de quedar en un mal lugar porque han sido desenmascarados como ignorantes, como personas que viven solamente para satisfacer sus mismos intereses y, sobre todo, como personas que no han conocido al Dios verdadero, al Dios que da la vida. Ellos siguen sumidos en ese dios de muertos, un dios que sirve solamente para satisfacer los mismos deseos egoístas y personales. En cambio Jesús propone abrirse a la

potencia de un Dios de vivos, de un Dios que comunica su vida hacia todos aquellos que quieren emplear su vida para crecer y para llegar a ser una mismo cosa con El.